

## EL TEMA DEL FASCISMO EN AMERICA LATINA (\*)

Por HELGIO TRINDADE

### SUMARIO

I. ¿El regreso del fascismo?. 1. El fascismo dependiente. 2. El neo-fascismo en cuestión.—II. El fascismo de la época clásica. 1. Fascismo y populismo. 2. Los límites del fenómeno fascista.

El debate sobre el tema del fascismo en América Latina se remonta a los años treinta. La aparición de *movimientos políticos* de tipo fascista en diversos países (concretamente en Brasil, Argentina, Chile, Bolivia y México), en la época en que el fascismo se encontraba en plena ascensión en Europa, engendró un clima de radicalización ideológica en los medios intelectuales y políticos. Si bien el análisis de los contemporáneos y el antifascismo militante de la izquierda, bajo la influencia de la estrategia «frontista» de la III Internacional, no constituyen los mejores criterios para identificar movimientos fascistas, parece indiscutible que ciertas manifestaciones de carácter fascista tuvieron lugar en América Latina en los años treinta. El problema que se plantea al investigador se reduce no tanto a la presencia del fascismo en América Latina como a la extensión de esas manifestaciones. Ciertamente existían en esa época algunas precondiciones favorables para la aparición de movimientos o de partidos de inspiración fascista, desde el modelo de transición económica de los países más desarrollados (de la importante influencia de las ideologías europeas sobre las élites políticas e intelectuales), hasta la significativa presencia de minorías étnicas ori-

---

(\*) Mesa redonda sobre *Autoritarismo y fascismo en los países latinos*, Florencia, 25-27 de noviembre de 1982.

así como de establecer un cuadro explicativo de su surgimiento, es lo que nos permitirá conocer mejor las condiciones y los límites de la reproducción de un movimiento o de un régimen político de origen fascista en América Latina.

## I. ¿EL REGRESO DEL FASCISMO?

El golpe de Estado militar de 1964 en Brasil inaugura una nueva fase en la historia de las intervenciones militares en América Latina. Esta nueva situación se ve reforzada por el proceso que se abre en Argentina, a partir de la intervención de las Fuerzas Armadas en 1966, consolidada en 1976 por un segundo golpe de Estado militar a continuación de la desintegración del peronismo. Dos nuevos golpes de Estado iban a cerrar el ciclo de un nuevo tipo de intervención en los países del cono Sur. El primero, en Uruguay, marcado por un proceso gradual de militarización del Estado, después de un largo período de gobierno civil, en el que las Fuerzas Armadas desestabilizadas por la acción de los Tupamaros, se adueñan escalonadamente del aparato de Estado después de la declaración de «fuerza interna» en abril de 1972, hasta el golpe definitivo, en junio de 1973 con la disolución del Parlamento. El segundo, en Chile, bajo el impacto de la violencia militar y del asesinato del Presidente de República, en 1973, se convierte en el ejemplo más traumatizante del proceso de ahondamiento y de estabilización de los nuevos regímenes militares en América Latina, reduciendo a la apatía, debido a una brutal represión, la movilización política y social de la Unidad Popular Chilena. En esta nueva perspectiva, la justa posición cronológica del fin del gobierno más represivo del Brasil (período Médici 1969-1973) con el brote de los golpes de Estado chileno y uruguayo, desencadena el reexamen de las categorías analíticas utilizadas por los especialistas, algunos de los cuales, sufren en su propia carne los efectos represivos de estos regímenes. A partir de esta nueva coyuntura, cambia el contenido semántico de las explicaciones adelantadas por los especialistas en ciencias sociales sobre el proceso en curso en América Latina; esto ha provocado que se ponga en tela de juicio el nuevo concepto de autoritarismo, favoreciendo la readopción del concepto clásico de «fascismo».

El retorno al concepto de fascismo que se ha operado en una coyuntura de agravamiento de las crisis políticas en los países del cono Sur, donde la situación paradigmática se desplaza del Brasil a Chile, parece indispensable para la buena comprensión de la evolución de los modelos explicativos en América Latina. La corriente que se había inspirado en la distin-

ción clásica entre autoritarismo y fascismo, desarrollada por Juan Linz a partir del caso español (5), se enriqueció con la más ambiciosa interpretación de Guillermo O'Donnell, quien, a través de la explicación del proceso argentino y brasileño, sostenía que la necesidad de «profundización» del modelo capitalista y el control de los sectores populares acarrearía la implantación de «Estados burocráticos-autoritarios» (6). Esta nueva corriente de análisis trataba de inquirir —a través de la crítica de las teorías de la modernización y del desarrollo político que han dominado el decenio anterior— acerca del optimismo etnocéntrico que establecía unas relaciones entre la modernización industrial y la democracia, punto de vista presente en los escritos de Lipset, Almond, Coleman, etc. (7). Con la sorprendente ascensión de los militares al poder, las contribuciones de Huntington, Bendix, Packenham, Withaker y otros (8) explicaron los límites de esas teorías y abrieron la vía a nuevos modelos explicativos sobre la «represión» autoritaria que, paradójicamente, surgió en los países económicamente más modernos. Por tanto, en este estado la teorización propuesta por O'Donnell no parece suficiente para delimitar conjuntamente los nuevos casos chileno y uruguayo, ni tampoco para captar los perfiles diferenciados de la evolución de las experiencias argentina y brasileña. Partiendo de los límites del modelo del «Estado burocrático-autoritario» que tuvo, indiscutiblemente, un carácter innovador, al surgir, por un lado, análisis centrados en la hipótesis del «autoritarismo» (9), y, por otro, el concepto de «fascismo» que renacía de

---

(5) JUAN LINZ: «An authoritarian Regime: the case of Spain», en ERIK ALLARO y STEIN ROKKAN (eds.): *Mass Politics: Studies in Political Sociology*, Free Press, Nueva York, 1970.

(6) GUILLERMO O'DONNELL: *Modernisation and Bureaucratic-Authoritarianism: studies in South America*, Berkeley University Press, 1973.

(7) G. ALMOND y J. S. COLEMAN: *The politics of the developing areas*, Princeton University Press, 1960; S. M. LIPSET: «Some social requisites of democracy: economic development and political legitimacy», en *American Political Science Review*, núm. 53, marzo 1959, y S. M. LIPSET: *L'homme et la politique*, op. cit.

(8) SAMUEL P. HUNTINGTON: «Political development and Political decay», en *World Politics*, XVII, 3, abril 1965; REINHARD BENDIX: «Tradition and Modernity reconsidered», en *Comparative Studies in Society and History*, núm. 9, abril 1967; ROBERT A. PACKENHAM: *Liberal America and Third World*, Princeton University Press; C. S. WITHAKER: «A Disrhythmic Process of Political Change», en *World Politics*, núm. 19, enero 1967.

(9) PHILIPPE SCHMITTER: *Interest conflict and political change in Brazil*, Stanford University Press, Stanford, 1971; ALFRED STEPAN: *Authoritarian Brazil: origins, policies and future*, Yale University Press, New Haven, 1973; JAMES MALLOY (edit.): *Authoritarianism and corporatism in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1977; JUAN LINZ y ALFRED STEPAN (eds.): *The Breakdown of Democra-*

sus cenizas. Este regreso, tan inesperado como agresivo, de la hipótesis fascista merece ser analizado.

### 1. *El fascismo dependiente*

La corriente de interpretación fascista para América Latina de los años setenta nace, en gran parte, bajo la inspiración del debate que subyace en el análisis marxista del fascismo europeo elaborado por Poulantzas (10). Esta nueva preocupación hacia un regreso del fascismo, que renace con el golpe de Estado de los coroneles griegos, en 1967, y con las manifestaciones del «neo-fascismo» europeo, en 1974, se presentaba simbólicamente en el ambiente del seminario sobre el fascismo de M. A. Macciocchi en Vicennes: «Después de 1968, las generaciones jóvenes no se han percatado de que el fascismo no había desaparecido con la guerra mundial y la derrota militar. La burguesía capitalista volvía al asalto, dispuesta a todo para detener el movimiento que había creado el Mayo de 1968 en Francia y el 'otoño caliente' de 1969 en Italia (...) Esta generación no ha visto surgir la revolución sino la contra-revolución y el fascismo se les ha aparecido como el peligro del presente y no como el espectro del pasado» (11).

Por otro lado, el impacto del violento golpe de Estado militar de Pinochet en Chile ha vuelto a poner en el orden del día, bajo ese clima emocional, las visiones apocalípticas de un fascismo impulsado por los Estados Unidos. Representativo de esta corriente, Zea declara: «Fue el golpe de los gorilas chilenos de 11 de septiembre de 1973 el que ha relanzado el problema del fascismo. Un fascismo que vuelve con mayor ferocidad. Verdaderamente el fascismo no efectúa su regreso puesto que nunca ha estado ausente, derrotado, ni vencido. Los vencidos han sido sus primeros manipuladores en Europa (...). La diferencia proviene del hecho de que su sede no es Berlín sino Washington» (12).

---

*tics Regimes: Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978; DAVID COLLIER: *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979; ALFRED STEPAN: *The State and Society: Peru in comparative perspective*, Princeton University Press, Princeton, 1979.

(10) NICOS POULANTZAS: *Fascisme et Dictature. La III<sup>e</sup> Internationale face au fascisme*, Maspero, París, 1970.

(11) MARÍA A. MACCIOCCHI: *Elements pour une analyse du fascisme*, Tomos 1 y 2, Union Générale d'Éditions, 1976.

(12) LEOPOLDO ZEA: «Fascismo dependiente en Latinoamérica», en *Nueva Política*, núm. 1, México, enero-marzo 1976 págs. 149-151.

El balance crítico de las principales contribuciones de aquéllos que se adscriben a la interpretación «fascista», situando aparte los análisis basados en «la conspiración fascista internacional» manipulada por el imperialismo americano, señala que existen tres tipos de variantes: en primer lugar, una concepción que se resiste a la trasposición del concepto fascista con posterioridad a su primera significación europea y que prefiere referirse a términos más generales como «procesos de fascistización»; «fascismo como proyecto»; en segundo lugar, el análisis que recupera la idea original de fascismo —juzgándolo adaptado a su empleo como concepto explicativo para la América Latina de los años setenta—, utilizando solamente un calificativo, del tipo de «fascismo-dependiente» o «fascismo-atípico», y tercero, la utilización de un concepto de fascismo *latu sensu*, disociándolo de cualquier condicionamiento característico de los fenómenos europeos y cerniendo su especificidad propia a la dinámica de las formaciones sociales latino-americanas.

En la prolongación de los análisis que se refieren a la cuestión del fascismo en América Latina, se encuentran los análisis que destacan la vocación fascistizante de los regímenes militares de base militar en la América Latina de hoy: como Cueva, que insiste en el proceso de impugnación fascista de estos regímenes, o Zavaleta Mercado, que prefiere utilizar el concepto de «dictadura militar con un proyecto de finalidad fascista». Estos autores —ambos representativos de la tendencia orientada hacia el «fascismo potencial» que reconoce las especificidades del fascismo europeo de los años treinta— comparten la idea de que la *dinámica de fascistización* sigue su curso en América Latina.

En un primer artículo Cueva admite que «América Latina, víctima de un proceso de fascistización, impregnada de un grado semejante de terror y de barbarie, poco se distingue del fenómeno análogo que tuvo lugar en países más avanzados». Brasil y Chile son los dos principales casos hacia los que se inclina el autor. El primero ilustra «cómo se aplicó, de forma implacable y sistemática, un esquema de dominación militar tecnocrático, que comportaba indiscutiblemente caracteres fascistas y estaba inequívocamente al servicio del imperio americano». El segundo, cara al «avance de la clase obrera chilena» aparecía como el producto de la «reacción del capital monopolístico» que, en la fase de fascistización anterior al golpe de Estado, «aplicó una línea de masas, movilizandando amplios sectores de la pequeña burguesía y de las capas medias» (13).

---

(13) AGUSTÍN CUEVA: «La fascistización de América Latina», en *Nueva Política*, *op. cit.*, págs. 156-157 y 159.

En un segundo artículo trata de profundizar en las condiciones a través de las cuales los «procesos de fascistización» en América Latina podrían desembocar en regímenes fascistas. Defiende la idea de que «el partido de masas» y el «apoyo de la pequeña burguesía», así como la «ideología nacionalista *chauvinista*» no son propios de la formación de la experiencia fascista en Europa, sino unos *simples medios* destinados a esconder el más importante. Lo esencial en el fascismo, lo constituye su «naturaleza de clase» y el «cambio calificativo que imponen las fuerzas del Estado». El hecho —añade Cueva— de que los países latinoamericanos no sean imperialistas, no les inmuniza contra el proceso de fascistización al haber progresado una profunda penetración de capital transnacional. La prolongación lógica de su argumentación viene a decir que, teóricamente, «el desmantelamiento del Estado democrático-burgués y sus sustitución por un régimen de carácter fascista no va a revestir *inmediatamente* (el subrayado es nuestro) las mismas *modalidades concretas* que en Europa». De este modo, sugiere que se le han suprimido dos características a esta nueva forma de fascismo: de una parte, su «incapacidad para beneficiarse de un apoyo popular»; de otra, su «incapacidad para implantar una política nacionalista» (14).

El análisis de Zavaleta Mercado, si bien se inscribe en una perspectiva marxista ortodoxa, trata de relacionar el fenómeno fascista con las condiciones históricas europeas. De este modo, propone una triple distinción en la configuración del fascismo. A las concepciones tradicionales del tipo de «el fascismo como movimiento de masas» y como «estructura de poder», añade una tercera: «el fascismo como proyecto o proposición social». Se basa en el hecho de que entre las actuales dictaduras latinoamericanas, «se perfila una situación en la que el proyecto de aquellos que detentan el aparato estatal no se asienta en un movimiento de masas. Por consiguiente las dictaduras no llegan a transformarse en una estructura fascista de poder», en la medida en que la «cuestión nacional» no se resuelve, a causa de la «presencia imperialista». Zavaleta Mercado no explica la apatía del movimiento de masas por la misma combinación de factores económicos que Cueva (esto es, considerar que las desigualdades provocadas por factores económicos internos y la crisis del capitalismo mundial constituyen frenos estructurales a toda movilización) (15). Llega a la conclusión de que «los elementos disponibles permiten descubrir que los regímenes atraviesan *crisis*

---

(14) AGUSTÍN CUEVA: «La cuestión del fascismo», en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio 1977, págs. 470, 471, 474-477.

*estáticas* de gran magnitud», pudiendo conducir a «*crisis nacionales generalizadas*» e incluso a «*situaciones revolucionarias*». La imposibilidad por parte de los que detentan el poder de elaborar unas directrices con respecto a la sociedad civil, que constituye en realidad una «masa no mediatizada», tiende a provocar este tipo de situación (16).

El segundo tipo de análisis toca el fondo del asunto más de cerca por la incorporación explícita del concepto de fascismo, a través del cual se introduce un nuevo paradigma explicativo concerniente a los países latinoamericanos. Theotonio dos Santos es uno de los más conocidos representantes de esta tendencia. El es el que mejor ha popularizado el concepto de «fascismo-dependiente». Su análisis se articula alrededor de la distinción establecida entre movimiento y Estado fascista. Puede provenir también de una ocupación extranjera o de un golpe de Estado militar. A la inversa admite la posibilidad de un movimiento fascista para acceder al poder sin transformarse en Estado fascista o revestir las «formas parciales» del mismo. Apoyándose en la experiencia europea del fascismo extrae las siguientes conclusiones: puesto que el movimiento fascista se apoya en una base pequeño-burguesa y en una ideología política confusa, el Estado fascista es en realidad un pacto entre este movimiento y el gran capital. En consecuencia, denomina «regímenes fascistas concretos», no necesariamente a la realización integral de unos ideales confusos y demagógicos de estos movimientos fascistas, sino al resultado del encuentro entre estos ideales y el de sus «condiciones objetivas» (17). Aplicando un análisis al fascismo latinoamericano, el autor encuentra impropio el calificativo de fascista que se ha dado a los regímenes de Perón y de Vargas («las formas corporativistas» que se dibujan alrededor de estos regímenes reflejaban, en el contexto de los años treinta «un ideal liberador y nada reaccionario»). En revancha mantiene una tesis según la cual los regímenes militares actuales son unos «regímenes fascistas-dependientes». La razón fundamental reside en el hecho de que los nuevos regímenes militares, definiéndose en contra de los «herederos del populismo anterior», derivan del fracaso de la experiencia populista y de la alianza de clases bajo la hegemonía de la burguesía nacional. El modelo del «fascismo-dependiente» se articula alrededor de una asociación diferente: la *doctrina* basada en la *seguridad nacional* fue el soporte ideológico que permitió aglutinar políticamente a la mayoría de

---

(16) RENÉ ZAVALETA MERCADO: «Nota sobre fascismo, dictadura y coyuntura de disolución», en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, enero-marzo 1979, páginas 83-85.

(17) THEOTONIO DOS SANTOS: «Socialismo y fascismo en América Latina hoy», en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, enero-marzo 1977, págs. 181-182.

los militares. Su *contenido fascista*, prosigue el autor, es poco conforme al ejemplo clásico, pero es *muy claro* en sus objetivos: «esta ideología reemplaza la imagen del jefe para una élite tecnocrática militar y civil, y el partido por el aparato nacional burocrático y militar; por otro lado, la idea de la represión y del orden examinado como factor de desarrollo nacional es típicamente fascista.» Sin embargo, estas características difieren, en comparación con el modelo clásico, en algunos puntos. Primeramente, se trata de un Estado impuesto de arriba abajo, que apoya más al capital nacional y que opta por una «represión de élite» en lugar de proceder a una movilización de masas. En segundo lugar, se constata una cierta autonomía del movimiento fascista —relativamente débil— en contraste con el Estado fascista, estando él mismo colocado bajo el control de la élite militar, tecnocrática y económica. En tercer lugar, las contradicciones internas de los regímenes fascistas hacen posible la supervivencia política de los movimientos populares. En último lugar, el régimen se deja llevar más por la apatía política de las clases medias que por buscar su apoyo de cara a su legitimación (18).

Otro análisis típico de esta segunda corriente es el desarrollado por Cassigoli, que distingue dos tipos de fascismo. De un lado, aquel que corresponde al esquema europeo de los años treinta, el «fascismo típico»; de otro, el fascismo latinoamericano que el autor prefiere definir como un «fascismo atípico». Su análisis no tiene por finalidad profundizar las especificidades internas de los regímenes latinoamericanos, sino establecer un paralelo entre los condicionamientos históricos de los dos modelos.

El primer tipo de fascismo es un «fenómeno político fundamentalmente europeo, inherente a la fase de la acumulación capitalista, que Lenin denominó 'el imperialismo'. Se caracteriza por su oposición al proletariado, al internacionalismo, al socialismo, al bolchevismo, y de forma verbal, al capitalismo». El segundo tipo, de franco desarrollo en América Latina, presenta analogías «formales» con el primero, pero aparece en un contexto diferente: la internacionalización del capital y la multiplicación de empresas multinacionales. Adopta como ideología la «defensa del mundo libre», la *cultura occidental*, el *hemisferio*, es decir, el mantenimiento del *sistema capitalista mundial* (19).

El artículo de Marcos Kaplan, titulado *¿Hacia un fascismo latinoamericano?*, puede servir para ilustrar la tercera interpretación que se propone

(18) *Ibidem*, págs. 184-187.

(19) ARMANDO CASSIGOLI: «Fascismo típico y fascismo atípico», en *Nueva Política*, *op. cit.*, págs. 175, 177 y 178.



responder a la siguiente pregunta: ¿En qué condiciones «aparece y tiende a desarrollarse una modalidad *sui generis* de fascismo latinoamericano?». El autor después de hacer un análisis estructural de la evolución de las sociedades latinoamericanas deduce que «desde el comienzo del proceso de cambio iniciado a partir de los años treinta (...) se produce un relativo declive, la descomposición más o menos rápida de las estructuras y de las condiciones socio-económicas que habían facilitado al Estado tradicional y a la oligarquía las raíces, las bases y los objetivos, permitiéndoles consolidar su dominación y su hegemonía». La brecha que permite al fascismo latinoamericano introducirse en el cuerpo social se sitúa, pues, en «la crisis de la dominación oligárquica», como tentativa para superar las experiencias del pasado en que fracasaron todos. «La aparición del fascismo encuentra su explicación en esta contradicción fundamental: de un lado, las exigencias del modelo de crecimiento utilizado y del tipo de economía y de sociedad que pretende mantener y desarrollar; de otro, las características y los efectos de la hegemonía en crisis y de la continua inestabilidad política» (20). Kaplan prosigue su análisis estableciendo los rasgos característicos del *fascismo sui generis*. Descartando toda referencia al perfil histórico de tipo europeo, sugiere cierto número de características que permiten definir su modelo fascista. La élite oligárquica y sus representantes políticos han perfeccionado los mecanismos que, en la lucha por el poder, van a constituir los *rasgos esenciales* de ese nuevo régimen fascista: «Consolidación de esa élite oligárquica y de su sistema de alianzas, reforzamiento de la intervención estatal y redefinición de su aplicación, ideología desarrollista, utilización específica de la ciencia y de la tecnología y cooptación de ciertos sectores de la tecnoburocracia, reorientación del sistema educativo, recursos crecientes a formas simbólicas de poder, militarización del poder, universalización de la coacción y elaboración de un nuevo orden político» (21). Desde su punto de vista, la élite oligárquica, en crisis de dominación, refuerza y organiza un «sistema de alianzas» que permite un mayor refuerzo del poder. Esta «conversión adaptativa» de la oligarquía, integrada por representantes del gran capital, se completa a través de la alianza con las sociedades multinacionales de poder hegemónico y, partiendo de ese pacto de base, extiende nuevas alianzas con las Fuerzas Armadas y «con ciertos sectores intelectuales, tecno-burocráticos y profesionales de la clase media, así como con la burocracia sindical y la aristocracia obrera». En conse-

---

(20) MARCOS KAPLAN: «Hacia un fascismo latinoamericano», en *Nueva Política*, op. cit., pág. 120.

(21) *Ibidem*, pág. 123.

cuencia, a través de este nuevo tipo de alianzas se produce una «reestructuración y una reorientación del Estado» que lo adapta a los intereses de «la élite orgánica y de sus aliados interiores y exteriores». Partiendo de estos presupuestos, «el régimen fascista y su Estado» operan a través de un modelo ideológico («la ideología desarrollista»). Se benefician del apoyo de un sector de la tecnoburocracia («la élite política y de la tecnoburocracia del fascismo sostienen que los grandes problemas son de orden económico y tecnocientífico, mejorando su especificidad social, política e ideológica»), de la reorganización del sistema educativo («transmisión de conocimientos prácticos, operacionales e ideológicamente neutros») y «cultura interdisciplinar para los miembros de los grupos hegemónicos y las clases dominantes») y de «la utilización combinada de formas simbólicas y represivas de poder». Kaplan termina su estudio anunciando que el «fascismo ha llegado a América Latina». Bajo un tono dogmático y pesimista declara: «El fascismo se ha instalado y trata de perpetuarse para siempre, pues por su naturaleza y sus resultados el fascismo aspira a la eternidad...» (22).

## 2. *El neo-fascismo en cuestión*

Dos tipos de crítica, igualmente inspirados en una aproximación marxista al problema, se hallan en condiciones, en nuestra opinión, de descalificar la tesis del fascismo aplicado al nuevo estilo de dominación militar en América Latina. En primer lugar, la crítica de Zemelman, que, a partir de una discusión general sobre el fascismo y sus rasgos esenciales, se inclina especialmente hacia el caso límite de un régimen militar en el seno de una sociedad movilizadora por el socialismo, el ejemplo de Chile bajo Pinochet. Segundo, el de Boron, que consigue rechazar de forma más sistemática la hipótesis del «fascismo latinoamericano» basándose en un análisis comparativo con el fascismo europeo.

Zemelman propone con toda la razón que «negar o afirmar la existencia de regímenes fascistas en América Latina implica descubrir *previamente los rasgos que constituyen su esencia*». Se propone definir los principales elementos teóricos del fascismo a partir de la organización del régimen, de sus bases sociales y de su dinámica política. El fascismo aparece como una incapacidad de la burguesía para imponerse al proletariado. La organización del Estado fascista tiene efectivamente como rasgo distintivo una «unidad monolítica» que exige la sumisión al poder de las masas populares y de la

(22) *Ibidem*, págs. 123, 142-143.

burguesía, permitiendo así a través de «la abdicación aparente de esta última», que rompan los vínculos del aparato del Estado con todo interés particular de clase, lo que explica «la independencia del poder fascista *vis-a-vis* con la antigua clase gobernante».

Otro rasgo distintivo del fascismo en términos de base social y de su función histórica, reside a la vez en su configuración como «el movimiento de masas más radicalmente antiliberal» y como el instrumento de la dictadura de los grandes intereses monopolistas y de los grandes propietarios agrícolas «bajo la cobertura de un Estado cooperativista». Finalmente, en la dinámica de su evolución, el fascismo se estructura, en un primer momento, a través de «una amplia y heterogénea movilización de masas que alcanzan un cierto grado de independencia con relación a las clases dominantes, para enseguida articularse alrededor de la gran burguesía» (23). En lo que concierne al «fascismo chileno» la posición de Zemelman se aleja de análisis anteriores. En Chile «la organización de un movimiento de masas», que había legitimado la nueva dominación y «la organización de un partido que hubiera sido el centro supremo de decisiones», no se ha efectuado, las Fuerzas Armadas cumplen solas esta última función. Por otro lado, los militares han apartado del poder a «la clase política tradicional» y se ha desencadenado una intensa crítica con respecto a los partidos burgueses. Aunque «se han reforzado los aspectos jerárquicos», aumentando el poder personal del Jefe del Estado, la política económica se ha desarrollado en favor del gran capital, aliado a intereses extranjeros. Es necesario precisar que el sistema en ningún momento recurrió a «factores carismáticos ni a la demagogia socialista para movilizar a las fuerzas pequeño-burguesas», según caracterizaba el fascismo europeo. La ausencia, según este autor, en el proceso histórico chileno anterior al golpe de Estado militar, de una organización («Estado Mayor»), reconocida por la burguesía por un «partido de masas de orientación fascista» (que hubiera podido ser el Partido Demócrata Cristiano bajo el control de Frei), facilitó el enfrentamiento directo entre las Fuerzas Armadas y el movimiento popular. Aquéllos, despojando del poder a los partidos burgueses, se convierten en la nueva clase política. El autor afirma, a modo de conclusión, que el «proceso de fascistización (que va de la etapa popular a la etapa militar y totalitaria), al no haberse cumplido lo que constituyen «las alternativas de la evolución del régimen», reposa su estabilidad ante todo en su carácter «militar burocrático» (24).

(23) HUGO ZEMELMAN: «Acercas del fascismo en América Latina», en *Nueva Política*, *op. cit.*, págs. 193-195 y 197-202.

(24) *Ibidem*, págs. 202, 203 y 206.

La crítica más radical realizada contra la utilización del concepto del fascismo aplicado a los regímenes actuales de América Latina es la de Boron en un artículo titulado «El fascismo como categoría histórica». Esta crítica parte de la siguiente pregunta: ¿Es la aplicación del concepto de fascismo la más apropiada para definir la naturaleza de los regímenes políticos de esta región? El autor observa cómo la izquierda latinoamericana ha cometido suficientes errores en el pasado como para evitar caracterizar de nuevo de una manera errónea al enemigo de clase... Añade: «No es recurriendo a la denuncia ideológica y a palabras de orden, que se han justificado y empleado correctamente en otras épocas y lugares, como se consiguen *iluminar los rasgos* distintivos de los gobiernos represivos de América Latina» (25). Boron, partiendo de una definición marxista del fascismo de inspiración gramsciana, critica la utilización generalizada del concepto de «proceso de fascistización» en América Latina, que termina por considerar como «fascismo primario» dictaduras como las de Somoza, Trujillo, Stroessner y Duvalier: «Si la fuerza, la violencia inherente a todo Estado (...), es sinónimo de fascismo —dice— esto llevaría a considerar que toda la historia de las sociedades de clases no es más que la historia del fascismo.» Después de haber situado la experiencia europea del fascismo «en pleno período de maduración y de crisis de la fase clásica del imperialismo», afirma como muchos otros especialistas del fascismo, que el Estado fascista «se edifica sobre los restos de una ofensiva revolucionaria frustrada de la clase obrera y sobre los hombros de una amplia movilización de la pequeña burguesía». Este proceso engendra una ideología que, «a pesar de esta amalgama contradictoria, ha representado una tentativa de sustitución de la vieja ideología liberal» (26). Boron basa esencialmente su rechazo de la tesis fascista latinoamericana en las diferencias existentes entre las dos coyunturas históricas. Las nuevas formas de autoritarismo de base militar que se manifiestan en América Latina en los años sesenta o setenta se sitúan, en primer lugar «en una fase distinta del capitalismo monopolista». Cuando la burguesía nacional europea era al mismo tiempo «hegemonía, monopolista e imperialista (...), el proceso de internacionalización de los mercados internos en los países de la periferia, se realiza de forma distinta de la conocida en Italia y Alemania de aquellos en los que su capitalismo se hallaba retrasado». En segundo lugar, «la composición del bloque do-

---

(25) ATILIO BORON: «El fascismo como categoría histórica: en torno del problema de las dictaduras en América Latina», en *Revista Mexicana de Sociología*, número 2, abril-junio 1977, pág. 482.

(26) *Ibidem*, págs. 483, 489-490, 499-500.

minante ha sufrido cambios significativos con «la ascensión de la burguesía monopolítica internacional, a una posición hegemónica. Se trata de un *intermezzo* postpopulista que conduce a la crisis de las instituciones liberales burguesas y que tiene como objetivo redefinir un nuevo sistema de alianzas». Según este autor, «los representantes del gran capital transnacional aseguran su predominio, garantizando su hegemonía sobre las fracciones de la burguesía nacional y ciertos sectores de capas medias que podrían obtener beneficios del nuevo esquema de acumulación capitalista». En tercer lugar, insiste, estableciendo las diferencias con los regímenes fascistas europeos, en «la ausencia de masas que sirvan de apoyo a tales regímenes» y «de una ideología totalitaria».

A partir de las experiencias políticas de Allende en Chile y de Goulart en Brasil, Boron observa que allí en esta época, a pesar de una cierta movilización de las capas medias de estilo fascista, los regímenes militares actuales, en realidad «aburren a las masas, incluso a aquellas formadas por pequeño-burgueses, que podrían movilizarse para ampliar las bases de apoyo de los gobernantes». Estima igualmente que «en la fase actual del capitalismo de la periferia, no existen *fundamentos económicos* que sean susceptibles de establecer un lugar sólido entre la burguesía monopolística y las clases medias». El último elemento distintivo entre las dos situaciones se encuentra al nivel del aparato de Estado. Según este autor, «no se ha efectuado en el seno de las dictaduras una reestructuración parecida a la que se ha operado en los regímenes fascistas clásicos» (27).

El aspecto político más interesante de su análisis se sitúa en el momento en que desarrolla el tema de la militarización del Estado. Señala que «en contra de las formas tradicionales de intervención militar (el 'pronunciamiento' no es más que la obra de un caudillo militar), hoy es la propia *intitución militar* la que ocupa los distintos aparatos del Estado, proyectando su estructura jerárquica de poder sobre la organización estatal». Desde esta óptica Boron adelanta la siguiente hipótesis sobre la nueva estructura poder: «La ascensión de las Fuerzas Armadas en tanto que *partido orgánico* de la gran burguesía monopolista», y en consecuencia, la propia institución militar, aparece como «el partido del orden en el momento en que entren en crisis las diferentes fórmulas populistas con ayuda de las cuales se ha querido resolver la crisis del Estado oligárquico». A partir de esta aproximación, concluye, pertinentemente, que «*el Estado militar* es la alternativa histórica del fascismo, y su actual solución maneja el desarrollo capitalista de la periferia» (28).

(27) *Ibidem*, págs. 509-516.

(28) *Ibidem*, págs. 518 y 521.

Este argumento del «partido militar» lo retomó y desarrolló Rouquié, quien lo ha aplicado en primer lugar al caso brasileño y a continuación al conjunto de América Latina: «Las Fuerzas Armadas pueden ser las fuerzas políticas que reemplacen a través de *otros medios* las mismas funciones elementales de los partidos y sobre todo los que conozcan en su seno, como los partidos, pero conforme a otra lógica, los procesos de deliberación, de toma de decisión, cierta agregación y articulación de los intereses sociales» (29). Este autor, a través de su obra más reciente titulada *El Estado militar en América Latina*, no sólo generaliza, bajo una perspectiva comparativa, el concepto de «partido militar» y especula sobre el problema del porvenir del Estado militar, sino que además rechaza la tesis del «fascismo latinoamericano». Escribe: «Esos regímenes sin partido único ni aparato movilizador no poseen una base de masas y no tratan de tenerla. No politizan sino que despolitizan a los ciudadanos, no adoctrinan a los trabajadores, les incitan a una vuelta a la esfera privada.» Después de haber analizado el caso chileno y argentino sobre los que concluye que los «Estados militares se han realizado con el fin de suprimir la política, no de fundar otro orden político», Rouquié resume su juicio sobre la materia: «Más que definir la naturaleza de estos regímenes, habría que hablar de las funciones que asumen los militares. De cara a las crisis que hemos visto, representan de algún modo *una hegemonía de sustitución* (...). El Estado-aparato reemplaza al Estado-relación de las fuerzas sociales. Lo que no significa que el Ejército esté por debajo de las clases o que sea el instrumento de la burguesía, sino que puede actuar según ambas modalidades, no alternativa, sino simultáneamente» (30).

## II. EL FASCISMO EN LA EPOCA CLASICA

A decir verdad en América Latina el debate sobre el fascismo ha sufrido siempre la influencia de los modelos europeos. El concepto de fascismo se incorpora a la historia de América Latina después de la organización del APRA de Haya de la Torre en Perú en 1924, y sobre todo con los gobiernos de Vargas en Brasil y Perón en Argentina. La vacuidad del análisis político, que oscilaba entre el ensayo periodístico y el formalismo jurídico, se prestaba bien a las analogías fáciles. La importancia del fenómeno fas-

(29) ALAIN ROUQUIE (org.): *Les Partis militaires au Brésil*, Presses de la FNSP, Paris, 1980, pág. 12.

(30) ALAIN ROUQUIE: *L'Etat militaire en Amérique latine*, Seuil, Paris, 1982, páginas 330-331.

cista en la Europa de los años treinta, el enfrentamiento que ha provocado después de la segunda guerra mundial entre los países «democráticos» *versus* los países «fascistas» y el decidido interés que la ciencia política americana ha otorgado a la elaboración del concepto de «totalitarismo» (designando conjuntamente al Estado fascista y al Estado stalinista), han contribuido grandemente a la generalización del empleo del calificativo «fascista» a propósito de movimientos y de regímenes políticos aparecidos fuera del contexto europeo. Esta conjunción de factores explica en gran parte por qué este término de «fascista» se ha convertido en la «bestia negra» del lenguaje político, entre los militares, los periodistas y los ensayistas políticos latinoamericanos. El fascismo de los antifascistas, quienes pertenecen a la izquierda socialista y comunista o a la derecha conservadora y liberal, se ha integrado *por consensus* tanto en la imaginación política de los teóricos y de los doctrinarios como en la acción política de los hombres de partido. Más tarde, con el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, los análisis se enriquecerán con otras aproximaciones y nuevos conceptos se introducirán en la teoría política. Este nuevo tipo de interpretación aplicará a los casos de Perón y de Vargas el concepto de «populismo», utilizado por Germani, Di Tella, Graciarena, Weffort e Ianni (31) y el de «fascismo de izquierda o proletario» por Lipset. En los años setenta, vuelve al orden del día la naturaleza fascista de los movimientos autoritarios de los años treinta, a partir de la discusión acerca de la Acción Integrista Brasileña fundada por Plinio Salgado en 1932.

El debate sobre el fascismo en América Latina siempre se ha asociado más al caso argentino que al caso brasileño. La ascensión de Perón al Secretariado de Trabajo en 1943 provocó una importante movilización popular y la reorganización del movimiento sindical que la siguió engendró una más amplia discusión acerca de la especificidad del régimen instaurado. A la inversa, el «Estado Novo» de Vargas, establecido en 1937, no obstante haber dictado una importante legislación laboral de inspiración fascista, resultó menos sospechoso de fascismo al ser un régimen desmovilizador que disolvió el «Integralismo» y también porque declaró la guerra al Eje en 1943. Este estigma fascista del régimen argentino fue ampliamente difundido por la prensa americana y europea, cuando, en plena sucesión presi-

---

(31) GINO GERMANI: *Política y sociedad en la época de la transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962; TORCUATO DI TELLA: *El sistema político argentino y la clase obrera*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1964; JORGE GRACIARENA: *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1967; FRANCISCO WEFFORT: *O populismo na política brasileira*, Paz e Terra, Rio, 1978; OCTAVIO IANNI: *O colapso do populismo no Brasil*, Civilização Brasileira, Rio, 1968.

presencia de los elementos ideológicos del fascismo en el peronismo sea innegable», Di Tella observa que la identificación de estos dos fenómenos es imposible, al ser sus características sociales distintas. Las *pequeñas clases medias* por lo general constituyen la base social del fascismo, mientras que la clase obrera lo fue del peronismo. El fascismo, añade el autor, no fue temido ni combatido por capas acomodadas, de la misma manera que el peronismo. Estas diferencias sociológicas no le han impedido a Di Tella reconocer, a propósito de los orígenes, numerosas similitudes con el fascismo. En los dos casos es el mismo tipo de élites el que ha utilizado estos movimientos. En Argentina, por ejemplo, se trataba «de grupos de ideología nacionalista, de militares admiradores de las proezas de Hitler y de los exégetas del Estado corporativo mussoliniano». A propósito de este nuevo régimen que él prefiere llamar «bonapartismo», el autor aporta una precisión sobre la naturaleza de la movilización de masas: «El peronismo se apoya menos en una clase obrera organizada y políticamente consciente que en una forma de 'espontaneidad obrera' que se caracteriza por una fuerte hostilidad con respecto a las capas acomodadas (...) y una atracción hacia la violencia que difícilmente sería considerada como el resultado de una conciencia política racionalmente estructurada» (36).

Esta caracterización de las bases obreras del peronismo no se admite por todos los especialistas. A esta concepción que presenta a la «masa obrera» como dejándose manipular fácilmente por unos líderes sindicales inestables y por la demagogia política, se opone la posición de Portantiero y de Murmis que ven en el origen del peronismo un «sindicalismo unificado». Después de estos autores, ciertos analistas se han asociado a las siguientes ideas: de un lado, «la imagen de un proceso de manipulación de las masas obreras por una élite que les resulta extranjera» y la ausencia de una organización proletaria autónoma; de otro lado, la idea de que «el apoyo de las masas se desprendía de la inexistencia (o de la existencia poco significativa) de una organización sindical previa». Portantiero y Murmis reconocen la importancia del papel jugado por el sindicalismo durante el período de gestación del peronismo: «Los dirigentes y las organizaciones sindicales antiguas han colaborado intensamente en la génesis del peronismo; esta participación se ha producido fundamentalmente con los sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo y más importante, con el Partido Laboralista» (37).

(36) TORCUATO DI TELLA: *op. cit.*, págs. 54-64.

(37) JUAN CARLOS PORTANTIERO y MIGUEL NURMIS: *El movimiento obrero en los orígenes del peronismo (Documento de Trabajo)*, Instituto Torcuato Di Tella, abril 1969, págs. 24-26.



A esta tesis se opone Germani, en su artículo publicado en 1973 donde sostiene que «no se puede hablar del movimiento *sindical* como si se tratase de un bloque monolítico, pues ha mantenido una honda división durante y después de la ascensión del gobierno y la caída del peronismo. Habiendo ofrecido el número limitado de alternativas del que disponían el Estado y las masas, los dirigentes adoptaron una gama más amplia de actitudes contradictorias, desde una vigorosa oposición ilegal hasta la colaboración». Germani concluye su análisis sobre el peronismo diciendo que la comprensión de este fenómeno exige una consideración desde diferentes planos: «Al nivel de la estructura *socio-económica*, se puede concebir como la expresión del desarrollo de una forma particular de capitalismo (...) y en función de las posibles y necesarias alianzas de clase para una configuración determinada de los componentes económicos, a nivel de la *estructura socio-política* se debe afrontar como una crisis de la movilización que ha alcanzado a las clases inferiores afectando tanto a las viejas y a las nuevas élites como a las clases medias, proceso análogo a lo que Gramsci llama *crisis orgánica*» (38).

Más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial la utilización del concepto de populismo para explicar los regímenes de Perón y de Vargas (este último ejerce de nuevo el poder en 1951 y 1954) ha acabado por hacerse general a las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, el carácter multiforme de las realidades que cubre el término de populismo atribuido a unas épocas y a unas regiones tan diferentes unas de otras (39) ha suscitado una remisión al debate sobre la generalización de este concepto aplicado a América Latina. Esto explica, en parte, por qué Lipset ha optado por el concepto de «fascismo de izquierda» o «proletario» a fin de explicar la naturaleza del peronismo.

Recurriendo a una aproximación sociológica, Lipset sostiene, como referencia de base, que el fascismo es un movimiento perteneciente a las clases medias que se manifiesta contra el capitalismo, el socialismo y la gran empresa y contra los grandes sindicatos. A partir del análisis histórico afirma que las tres principales familias políticas posteriores a la Revolución Francesa corresponden a bases sociales diferentes (la derecha se apoya en facciones de la burguesía; la izquierda, en los obreros de la industria y en los sectores pobres del campesinado, y el centro, en las clases medias). Con-

---

(38) GINO GERMANI: «El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos», en *Desarrollo Económico*, vol. 13, Buenos Aires, octubre-diciembre 1973, págs. 86-87.

(39) Véase G. IONESCU y ERNEST GELLNER: *Populism. Its meaning and national characteristics*, Londres, 1969.

siderando que todas las familias poseen en su interior una tendencia «democrática» y una tendencia «extremista» el autor llega a la conclusión de que el fascismo es un *extremismo de centro*. Su conclusión viene a decir que si hay un fascismo típico que se apoya en las clases medias del país allí donde el capitalismo y el movimiento obrero han conocido mayor expansión, se pueden aceptar al menos la existencia de otros dos tipos de fascismo: un *extremismo de derechas* que se sostiene por la clase acomodada en países económicamente atrasados (ése es concretamente el caso del salazarismo en Portugal) y un *extremismo de izquierda* apoyado esencialmente en una base social obrera en los países en vías de desarrollo (lo que corresponde al caso del peronismo y del varguismo).

El argumento desarrollado por Lipset toma en consideración, esencialmente, la base social del peronismo: «Como los partidos marxistas —dice este autor—, el peronismo se apoya en las capas sociales más desheredadas de los obreros de las ciudades y la parte más pobre de la población rural.» A propósito de la amalgama de elementos contradictorios que constituye el régimen peronista, Lipset concluye: «Si se han querido considerar como una forma particular de fascismo, hay que resaltar que se trata de un fascismo de izquierda y que se apoya en las capas sociales que habrían podido encontrar en el socialismo y en el comunismo la salida natural de sus rencores y de sus frustraciones» (40). Este análisis, que conduce a la paradoja de calificar el nacional-socialismo alemán de «*extremismo de centro*» (el electorado nazi se situaba mayormente en los pueblos y en las zonas rurales), tiene como consecuencia, según De Felice, el «no considerar como verdaderamente fascistas más que los partidos y los extremismos centristas mediodiburgueses». Los demás, añade, *con la única excepción del peronismo*, se ven desclasificar de este modo, pertinentemente, en nuestra opinión, al rango de «movimientos conservadores de derecha» (41).

Estos análisis sociológicos ilustran bien la dificultad de utilizar los conceptos de fascismo y de populismo, para explicar la realidad latinoamericana, así como las zonas de sombra que existen entre ellos. Para comprender las diferencias entre estos conceptos no basta con recurrir al análisis sociológico, o a aquel fundado en la articulación mecanicista entre las estructuras socio-económicas y las instituciones políticas. La dificultad no es nueva, cuando desde una perspectiva marxista del análisis del discurso, se acepta, como sugiere Laclau que «el nazismo constituye una experiencia populista

(40) S. M. LIPSET: *op. cit.*, págs. 189 y 192.

(41) Citado por RENZO DE FELICE: *Clefs pour comprendre le fascisme, op. cit.*, página 142.

y que como todo populismo de clases dominantes, ha tenido que hacer un llamamiento a un conjunto de distensiones ideológicas —el nazismo— a fin de evitar que el potencial revolucionario de las interpelaciones populares no se oriente hacia el sentido de sus verdaderos objetivos». Como afirma el autor en otro texto: «El *socialismo* no constituye el polo opuesto del fascismo» en la medida en que «*el fascismo es un discurso popular neutralizado por la burguesía*» y el socialismo «un discurso popular al que se le ha permitido a su pesar desarrollar completamente su potencial revolucionario» (42). Sin abordar otros puntos de vista diferentes sobre la cuestión, se puede también, tanto en el plano teórico como en el plano de los análisis empíricos de la realidad latinoamericana, constatar al menos que la polarización fascismo *versus* populismo no es una cuestión que haya sido hasta ahora objeto de un consenso en el análisis social y político.

Si se quiere comprender mejor la naturaleza política de los regímenes de Vargas y Perón, primeramente hay que establecer algunos datos cronológicos acerca del período que se está comparando, pues ambos líderes latinoamericanos llegan a la cabeza de sus gobiernos nacionales con una diferencia de dieciséis años: Vargas se convierte en jefe del Gobierno provisional en 1930 con la victoria de la Revolución de Octubre, mientras que Perón será elegido Presidente de la República sólo en junio de 1946. Sin embargo, lo que aproxima a estos dos hombres políticos es el hecho de que están en el poder en Argentina y en Brasil entre 1950 y 1954 y que abandonan el poder casi al mismo tiempo: Vargas se suicida en agosto de 1954 y Perón es derribado por los militares en noviembre de 1955.

Lo más importante de destacar es la evolución de estos regímenes políticos dirigidos por Vargas y por Perón: el primero produce tres experiencias políticas diferentes que varían y se adaptan a la coyuntura política nacional e internacional. En primer lugar, en la primera fase (1930-1937), oscila entre la «dictadura» anti-oligárquica (1930 a 1934) y el gobierno constitucional de inspiración liberal (1934 a 1937); seguidamente, la elección de su sucesor provoca un golpe de Estado con el apoyo de las Fuerzas Armadas e impone un sistema autoritario y represivo dirigido con un estilo muy personalizado (Estado Novo, 1937 a 1945); y, finalmente, tras la democratización de 1945, Vargas será elegido en 1950, Presidente de la República por sufragio universal con el apoyo del Partido Laborista brasileño.

Perón tendrá el control del poder nacional sin interrupción entre 1946 y 1955, mas a través de diferentes fases: primeramente, la fase de las leyes

---

(42) ERNESTO LACLAU: *Política e ideología na Teoria Marxista (Capitalismo, fascismo e populismo)*, Paz e Terra, Rio, 1978.

sociales, del primer plan quinquenal y de la nacionalización de los ferrocarriles (1945 a 1948); después la fase de 1949 a 1951, en la que el régimen se hace menos liberal ante las dificultades económicas (censura de la prensa, oposición vigilada y sindicatos controlados), y en la tercera fase (1952 a 1955), el régimen se endurece, evolucionando hacia el partido único, y el segundo plan quinquenal se pone en vigor con subvenciones a la agricultura y a la ganadería, así como a la industria pesada.

Este desfase histórico permite explicar por qué al referirse a Brasil en el período del «Estado Novo», bajo la influencia de la ascensión del fascismo en Europa, los analistas tienden a utilizar el concepto de fascismo, mientras que en la fase de la postguerra el concepto de «populismo» será ampliamente empleado por los especialistas. En la situación argentina, habiéndose producido el hecho de que la ascensión de Perón al gobierno nacional comienza a fines de 1943, y su poder se mantiene sin interrupción hasta 1955, las interpretaciones son, en general, ambiguas: los que analizan el peronismo a partir de sus orígenes, es decir, del período sindicalista de 1945 a 1948, prefieren clasificarlo dentro de la familia de los fascismos; aquellos que comparan la tendencia industrializadora y paternalista con la segunda fase del varguismo lo califican mayoritariamente de populismo.

Vargas y Perón han aprovechado las contradicciones entre el imperialismo americano e inglés, al mismo tiempo que el bloque del sistema capitalista mundial durante la guerra, para desplazar unas economías agroexportadoras hacia una economía industrial de sustitución de las importaciones. El proceso de industrialización, combinado con el intervencionismo del Estado en los dominios de la industria de base y la aportación de capital extranjeros, no parecía estar en contradicción con el nacionalismo económico y las leyes sociales propuestas por el Estado. La principal diferencia entre estos dos regímenes populistas se encuentra en las relaciones entre el gobierno y las capas medias urbanas populares. Vargas desarrolla una estrategia gradual en el tiempo social y provoca un lento y progresivo proceso de movilización social (la movilización populista comienza en Brasil en los años cuarenta y se acrece con la vuelta de Vargas, entre 1950-1954, para desembocar en el populismo de las reformas sociales de Goulart, heredero político de Vargas, entre 1961 y 1964, que es el origen de la intervención militar de 1964). Perón, por el contrario, provoca en el primer período (1945-1948) una política social agresiva que provocará una respuesta de mayor movilización de las capas urbanas y populares; pero su estrategia terminará en una desmovilización progresiva al final del primer período (en los años setenta, se iniciará sin éxito después de su vuelta a Argentina, un giro ideológico hacia la izquierda). Desde esta perspectiva, parece legí-

timo considerar que los regímenes de Vargas y de Perón en el último período (1950 a 1955) se encuentran más próximos al concepto de populismo que al de fascismo.

## 2. *Los límites del fenómeno fascista*

Para concluir esta discusión crítica sobre el fascismo en América Latina se pueden desprender dos conclusiones provisionales. La primera se refiere a la utilización del concepto de fascismo en los análisis de los años setenta. Sin buscar nuevos argumentos en las obras consagradas al estudio comparativo del fascismo, la «crítica interna» desarrollada en las páginas precedentes ha bastado para sacar a debate la hipótesis del fascismo en sus diversas formas (fascismo potencial, fascismo dependiente y fascismo *sui generis*). La segunda conclusión provisional es que para definir los regímenes de Perón y de Vargas no se puede utilizar el concepto de fascismos aun profundizando en la discusión «fascismo *versus* populismo». Brevemente, la interrogación que queda por despejar es la siguiente: ¿Existen o han existido en América Latina movimientos políticos que puedan verdaderamente llamarse fascistas? La respuesta a esta pregunta no parece fácil, pues no basta con que un movimiento revista aspectos exteriores de los movimientos europeos para que se le pueda denominar fascista. La reproducción del fascismo en América Latina supone la existencia de toda una serie de condiciones que nosotros hemos definido partiendo del caso de Brasil. En este país, se ha desarrollado entre 1932 y 1938 un importante movimiento político de masas que, en nuestra opinión, cumple las pre-condiciones para el surgimiento de una organización de tipo fascista. De esta manera rechazamos la existencia de *regímenes políticos fascistas* en América Latina, pero admitimos la *presencia de movimientos fascistas limitados a los años treinta*.

Los análisis comparativos sobre el fascismo, generalmente concentrados en la experiencia europea, han realizado en el curso de los diez últimos años referencias a las manifestaciones fascistas en América Latina. Estos análisis, que constituyen más informaciones históricas que verdaderos estudios comparativos, llegan también a un consenso sobre la materia de los límites del fenómeno en el subcontinente. El único esfuerzo de explicación que se ha producido, en una perspectiva comparativa acorde con la importancia de los movimientos latinoamericanos, es el de Linz. Utilizando la aproximación sociológica en un artículo consagrado al tema, incluye en

su campo de observación el Integralismo brasileño (43). En otro estudio destinado a formular hipótesis sobre el surgimiento de movimientos fascistas en ciertos países latinoamericanos, reconoce que verdaderamente han existido muchos otros movimientos o regímenes antiliberales, antidemocráticos, reaccionarios o populistas, «pero que hay pocos movimientos fascistas capaces de llegar a constituir una base de masas, teniendo la misma organización y el mismo estilo que sus homólogos europeos» (44). De la misma manera, Milza y Benteli, admitiendo que «no existe prácticamente ningún país sudamericano que no haya visto nacer, en la entreguerra, un movimiento fascista» y que en la mayor parte de los casos «se trata de grupos formados por los miembros de las colonias italianas y alemanas o de movimientos de simple imitación», concluyen que «un solo país, Brasil, ha conocido un verdadero fascismo de masas» (45). A esta misma conclusión llega Hennessy en su balance bibliográfico comentado sobre *Fascismo y populismo en Latinoamérica* (46), así como Payne en su reciente obra *Fascismo, comparación y definición* (47).

Sin embargo, estos análisis que mencionan la posible existencia de manifestaciones fascistas fuera de Europa, no tienen en cuenta las *condiciones históricas* de aparición de estos movimientos (a excepción del ya señalado estudio de Linz) y no definen los criterios que pueden hacer admitir un movimiento latinoamericano como fascista. La articulación entre estos dos niveles de análisis es una *condición necesaria* para justificar la presencia de auténticos movimientos *fascistas*, así como para responder a dos importantes reservas. La primera, sugerida por De Felice sostiene que «el fascismo ha sido un fenómeno europeo que se ha desarrollado entre las dos guerras» y que «toda comparación con situaciones extra-europeas (...) es imposible, vista la diferencia radical de contexto histórico (en el más amplio sentido de la expresión)» (48). La segunda reserva proviene del hecho de que ciertas corrientes, sea por un culto jurista a las ideas políticas, sea por una concepción mecanicista de los determinantes socio-económicos, consi-

(43) JUAN LINZ: «Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective», en WALTER LAQUEUR: *op. cit.*

(44) JUAN LINZ: «O Integralismo e o fascismo internacional», en *Revista do IFCH/UFRGS*, V, Porto Alegre, 1976.

(45) PIERRE MILZA y MARIANNE BENTELI: *op. cit.*, pág. 297.

(46) ALISTAIR HENNESSY: «Fascism and populism in Latin America», en WALTER LAQUEUR: *op. cit.*

(47) STANLEY PAYNE: *Fascism: comparison and definition*, The University of Wisconsin Press, 1980, págs. 161-177.

(48) RENZO DE FELICE: *Clefs pour comprendre le fascisme*, *op. cit.*, pág. 264.

deran que todas las manifestaciones ideológicas en América Latina se explican por un simple mimetismo restringido a las élites cultivadas. Por ello, estos conciertos niegan también la posibilidad de la existencia del fascismo en el subcontinente. Para tratar de responder a estas dos objeciones se debe conducir la discusión tomando la Ação Integralista Brasileira (AIB) como referencia en dos niveles principales: 1) ¿Cuáles son los factores socio-económicos, políticos y culturales que explicarían el surgimiento en Brasil de un movimiento fascista?; 2) ¿Cuáles son los componentes ideológicos, organizativos o sociológicos de ese movimiento, que permitirían clasificarlo como un caso típico de fascismo? Sólo la conjugación de estos factores podría legitimar —en un contexto extra-europeo— la utilización del concepto de fascismo y, al mismo tiempo, contribuir al avance del análisis comparativo de este fenómeno.

La primera medida que permite explicar la formación de un movimiento fascista en Brasil se sitúa en el terreno *de las condiciones históricas*. Estos factores son indispensables para comprender el tipo de proceso histórico, en el plano de la sociedad global, permitiendo la transformación del Integralismo en *movimiento de masas*. Si estas condiciones no hubieran existido, la experiencia fascista en Brasil se habría limitado a pequeños grupos, sensibles a la atracción de las ideologías extranjeras pertenecientes a las capas medias en ascenso. El elemento central de nuestra explicación es que la singularidad del proceso brasileño en esta época se debe al hecho de que se trata de una *sociedad global en transición*. Esta expresión exige una explicación en la medida en que puede parecer demasiado general y susceptible de ser utilizada para calificar diferentes etapas de la evolución histórica del país. Sin analizar todas las transformaciones políticas e ideológicas de los años treinta a partir de variables infra-estructurales, se puede adelantar la hipótesis de que el dato fundamental reside en el hecho de que hubo un proceso de *crisis* en la sociedad brasileña de la postguerra, que se manifestó después tanto en el plano económico y social como en el aspecto cultural *estricto sensu*.

En el plano económico se inicia entonces el proceso de cambio del modelo dominante: las señales de agotamiento de la economía primaria-exportadora, asentada en el cultivo del café, se manifiestan de manera creciente hasta la crisis de 1929; al mismo tiempo, se acelera, en el curso de los años treinta, el proceso de industrialización. Esta etapa de transición económica introduce, de forma muy clara, algunos cambios en la estratificación social, con la formación de una clase obrera y la diversificación de las clases medias. Estos dos procesos entrañan una urbanización rápida de la que se derivan unos significativos efectos en el campo político e ideológico.

Por una parte, la contestación del sistema político oligárquico tradicional se abre con una serie de rebeliones militares de oficiales subalternos (en 1922, 1924 y 1926), lo que provoca la politización de los elementos jóvenes de las Fuerzas Armadas («tenentismo»). Por otra parte, las primeras huelgas importantes hacen estallar, desde 1918, los conflictos sociales en los centros industriales y urbanos, y sobre todo en São Paulo. Además, la tradición anarco-sindicalista del movimiento obrero (generalmente de origen extranjero) encuentra nuevos canales de expresión política con la fundación del Partido Comunista Brasileño (PCB) en 1922, y el desarrollo de las organizaciones sindicales. Así como los movimientos militares no están directamente vinculados al brote violento de la cuestión social, la legendaria marcha de la Columna Prestes —que durante dos años mantendrá viva en la selva brasileña la llama de la «revolución»— provocará el despertar de la conciencia política en cierto grupo de jóvenes oficiales que, unos años más tarde, se lanzaron a más políticos, más radicales (Prestes se convertirá en secretario general del PCB). La revolución de 1930, que condujo a Vargas al poder a pesar de la oposición de las oligarquías tradicionales, se convertirá en el punto de desenlace de este proceso político, que provocará nuevas alianzas en las oligarquías disidentes con el «tenentismo» y las capas medias ligadas a la expansión del Estado y del sector industrial. Esta fase de transición de la sociedad se manifiesta también en el plano ideológico desde el comienzo de los años veinte, en un nacionalismo cultural y económico, la revolución estética («modernismo»), la renovación católica («integrismo»). Este conjunto de crisis, que van ligadas o independientes unas de otras, las percibieron las élites intelectuales, los dirigentes políticos y amplios sectores de las capas medias como un proceso de transición global, en el cual las condiciones históricas europeas no estaban sin consecuencias. Se asistirá, efectivamente, en el viejo continente, a la crisis de las democracias liberales, a la violencia de la lucha social y a la ascensión de movimientos fascistas como reacción al clima revolucionario y a las frustraciones de la guerra. Estos elementos estaban presentes en la conciencia política de los futuros integralistas que creían en la dinámica histórica marcada por la alternativa fascista.

Todos estos factores favorecieron la aparición de una situación de inquietud política que se consolidó bajo la influencia de ideas y de movimientos autoritarios preexistentes en Brasil (49). De esta manera, en el interior de

---

(49) Véase BOLIVAR LAMOUNIER: «Formação de um pensamento autoritário na Primeira Republica: uma interpretação», en *Historia Geral da Civilização Brasileira, III, Brasil Republicano*, tomo 2, Fifel, São Paulo, 1977; WANDERLEY GUILHERME DOS SANTOS: «Paradigma e historia: a ordem burguesa na imaginação social brasileira», en *Ordem burguesa e Liberalismo político*, Duas Cidades, São Paulo, 1978; JARBAS



deran que todas las manifestaciones ideológicas en América Latina se explican por un simple mimetismo restringido a las élites cultivadas. Por ello, estos conciertos niegan también la posibilidad de la existencia del fascismo en el subcontinente. Para tratar de responder a estas dos objeciones se debe conducir la discusión tomando la Ação Integralista Brasileira (AIB) como referencia en dos niveles principales: 1) ¿Cuáles son los factores socio-económicos, políticos y culturales que explicarían el surgimiento en Brasil de un movimiento fascista?; 2) ¿Cuáles son los componentes ideológicos, organizativos o sociológicos de ese movimiento, que permitirían clasificarlo como un caso típico de fascismo? Sólo la conjugación de estos factores podría legitimar —en un contexto extra-europeo— la utilización del concepto de fascismo y, al mismo tiempo, contribuir al avance del análisis comparativo de este fenómeno.

La primera medida que permite explicar la formación de un movimiento fascista en Brasil se sitúa en el terreno *de las condiciones históricas*. Estos factores son indispensables para comprender el tipo de proceso histórico, en el plano de la sociedad global, permitiendo la transformación del Integralismo en *movimiento de masas*. Si estas condiciones no hubieran existido, la experiencia fascista en Brasil se habría limitado a pequeños grupos, sensibles a la atracción de las ideologías extranjeras pertenecientes a las capas medias en ascenso. El elemento central de nuestra explicación es que la singularidad del proceso brasileño en esta época se debe al hecho de que se trata de una *sociedad global en transición*. Esta expresión exige una explicación en la medida en que puede parecer demasiado general y susceptible de ser utilizada para calificar diferentes etapas de la evolución histórica del país. Sin analizar todas las transformaciones políticas e ideológicas de los años treinta a partir de variables infra-estructurales, se puede adelantar la hipótesis de que el dato fundamental reside en el hecho de que hubo un proceso de *crisis* en la sociedad brasileña de la postguerra, que se manifestó después tanto en el plano económico y social como en el aspecto cultural *estricto sensu*.

En el plano económico se inicia entonces el proceso de cambio del modelo dominante: las señales de agotamiento de la economía primaria-exportadora, asentada en el cultivo del café, se manifiestan de manera creciente hasta la crisis de 1929; al mismo tiempo, se acelera, en el curso de los años treinta, el proceso de industrialización. Esta etapa de transición económica introduce, de forma muy clara, algunos cambios en la estratificación social, con la formación de una clase obrera y la diversificación de las clases medias. Estos dos procesos entrañan una urbanización rápida de la que se derivan unos significativos efectos en el campo político e ideológico.

Por una parte, la contestación del sistema político oligárquico tradicional se abre con una serie de rebeliones militares de oficiales subalternos (en 1922, 1924 y 1926), lo que provoca la politización de los elementos jóvenes de las Fuerzas Armadas («tenentismo»). Por otra parte, las primeras huelgas importantes hacen estallar, desde 1918, los conflictos sociales en los centros industriales y urbanos, y sobre todo en São Paulo. Además, la tradición anarco-sindicalista del movimiento obrero (generalmente de origen extranjero) encuentra nuevos canales de expresión política con la fundación del Partido Comunista Brasileño (PCB) en 1922, y el desarrollo de las organizaciones sindicales. Así como los movimientos militares no están directamente vinculados al brote violento de la cuestión social, la legendaria marcha de la Columna Prestes —que durante dos años mantendrá viva en la selva brasileña la llama de la «revolución»— provocará el despertar de la conciencia política en cierto grupo de jóvenes oficiales que, unos años más tarde, se lanzaron a más políticos, más radicales (Prestes se convertirá en secretario general del PCB). La revolución de 1930, que condujo a Vargas al poder a pesar de la oposición de las oligarquías tradicionales, se convertirá en el punto de desenlace de este proceso político, que provocará nuevas alianzas en las oligarquías disidentes con el «tenentismo» y las capas medias ligadas a la expansión del Estado y del sector industrial. Esta fase de transición de la sociedad se manifiesta también en el plano ideológico desde el comienzo de los años veinte, en un nacionalismo cultural y económico, la revolución estética («modernismo»), la renovación católica («integrista»). Este conjunto de crisis, que van ligadas o independientes unas de otras, las percibieron las élites intelectuales, los dirigentes políticos y amplios sectores de las capas medias como un proceso de transición global, en el cual las condiciones históricas europeas no estaban sin consecuencias. Se asistirá, efectivamente, en el viejo continente, a la crisis de las democracias liberales, a la violencia de la lucha social y a la ascensión de movimientos fascistas como reacción al clima revolucionario y a las frustraciones de la guerra. Estos elementos estaban presentes en la conciencia política de los futuros integristas que creían en la dinámica histórica marcada por la alternativa fascista.

Todos estos factores favorecieron la aparición de una situación de inquietud política que se consolidó bajo la influencia de ideas y de movimientos autoritarios preexistentes en Brasil (49). De esta manera, en el interior de

---

(49) Véase BOLIVAR LAMOUNIER: «Formação de um pensamento autoritário na Primeira Republica: uma interpretação», en *Historia Geral da Civilização Brasileira, III, Brasil Republicano*, tomo 2, Fifel, São Paulo, 1977; WANDERLEY GUILHERME DOS SANTOS: «Paradigma e história: a ordem burguesa na imaginação social brasileira», en *Ordem burguesa e Liberalismo político*, Duas Cidades, São Paulo, 1978; JARBAS

un contexto histórico de situaciones económicas y sociales significativas, surgió un proceso de *crisis ideológica* que es la raíz del movimiento «integralista». En este sentido resulta posible la hipótesis de Linz, según la cual la Ação Integralista al igual que ciertos fascismos de la Europa occidental (el fascismo español e italiano y ciertos movimientos franceses), «es un movimiento que responde más a una crisis política y cultural que a una crisis económica». En cambio, no encuentran válido el punto de vista de otro analista que niega la existencia de un fascismo en Brasil en los años treinta, bajo el pretexto de que no puede existir el fascismo en una sociedad de «capitalismo hiper-tardío» (50). Sin embargo, la hipótesis de la *sociedad en transición* como cuadro de referencia de una *crisis ideológica* que crea las condiciones para la aparición de un *movimiento fascista de masas* en Brasil, supone que un movimiento con estas características se había originado en el seno de este proceso.

Para determinar la naturaleza fascista del movimiento «integralista» (y ésta podría aplicarse a otros movimientos latinoamericanos del mismo tipo) se deben articular tres componentes típicos del fascismo europeo: la *ideología*, la *base social* y la *organización* (51). La presencia combinada de estos elementos, aunque revestidos de ciertas especificidades nacionales, constituye una condición indispensable para determinar el carácter fascista de un movimiento político en el exterior de Europa. En el caso del Integralismo el análisis de la ideología se ha establecido a diferentes niveles: *a)* en la producción teórica de los ideólogos; *b)* en las publicaciones de propaganda y de divulgación ideológica; *c)* en las actitudes ideológicas de dirigentes y de militantes; *d)* en las «motivaciones» de la militancia; *e)* en las reuniones semi-directivas. La consideración a través del análisis de estas

---

MEDEIROS: *Ideologia autoritaria no Brasil (1930-1945)*, Fundação Getúlio Vargas, Rio, 1978.

(50) JOSÉ CHASIN: *O Integralismo de Plínio Salgado: forma e regressividade no capitalismo hipertardio*, Ed. Ciências Humanas, São Paulo, 1978; JUAN LINZ: *O Integralismo e o fascismo internacional*, op. cit., pág. 180. Véanse también: KARL-HEINRICH HUNSCHÉ: *Der Brasilianische Integralismus*, Stuttgart, 1938; ELMER BROXSON: *Plínio Salgado and Brazilian Integralism (1932-1938)*, The Catholic University of America, Washington, 1972; HÉLGIO TRINDADE: *Integralismo: o fascismo brasileiro na década de 30*, Difel, São Paulo, 1974; STANLEY HILTON: «A Ação Integralista Brasileira: fascism in Brasil (1932-1938)», en *O Brasil e a crise internacional (1930-1945)*, Civilização Brasileira, Rio, 1977; GILBERTO VASCONCELOS: *A ideologia curupira (Análise do discurso integralista)*, Brasiliense, São Paulo, 1979.

(51) Véase HÉLGIO TRINDADE: «Integralismo: teoria e praxis política nos anos 30», en *História Geral da Civilização Brasileira, III, Brasil Republicano*, tomo 3, Difel, São Paulo 1981, págs. 297-335; HÉLGIO TRINDADE: «Integralismo», en op. cit., páginas 129-277.

diversas manifestaciones de la ideología ha de tener las precauciones que se toman cuando se trata de comprender el contenido de un contexto histórico diferente. Por añadidura, el contenido y la percepción de una ideología ligada a un movimiento político pueden variar según el lugar que sus seguidores ocupen en la «pirámide ideológica» (la ideología de los teóricos, de los dirigentes, de los militantes, etc.). Esto es por lo que resultaba fundamental analizar, como elemento empírico, la presencia de la ideología en las actitudes de los miembros del movimiento, en diferentes escalones, en los «motivos de su militancia» y en el razonamiento individualizado, por medio de encuentros en profundidad. Los resultados han demostrado que los principales temas del discurso fascista estaban presentes a todos los niveles. Igualmente el índice de uniformidad de la programación ideológica ha permitido revelar unos niveles altamente significativos de socialización ideológica interna, comparando la actitud ideológica de los dirigentes y la de los militantes de base. Este tipo de colisión interna de la ideología —mantenida prácticamente inalterable en la actitud fundamental de los «integralistas» después de cuarenta años desde la prohibición del movimiento— ha confirmado empíricamente las hipótesis desarrolladas a partir del cuadro teórico del fascismo europeo. En lo que concierne al *origen social* de los militantes, uno de los criterios utilizados para determinar la naturaleza del «integralismo» ha sido la comparación entre su estructura social y la de los fascismos europeos. Las informaciones obtenidas a través de los antiguos militantes, o por medio de la investigación o de los documentos oficiales de la AIB, han permitido una reconstrucción bastante precisa de la base social del movimiento. Si se organiza en categorías los datos disponibles, se puede constatar que en las direcciones nacional y regional era la clase media superior (miembros de profesiones liberales y oficiales del Ejército de Tierra) la que controlaba el aparato del partido. En cuanto a los dirigentes y a los militantes de base, provenían básicamente de dos categorías: la mayor parte de los afiliados procedían de la clase media inferior (pequeños propietarios, empleados y funcionarios) con un contingente perteneciente a las capas populares. Este último grupo estaba formado por trabajadores (la mayoría originarios de industrias pequeñas o medianas), de agricultores y de trabajadores rurales (en general de zonas rurales donde la pequeña propiedad era la dominante) y de cierto número de artesanos. Este perfil de la composición social del Integralismo parece bastante próximo al modelo europeo y, sobre todo, al del fascismo italiano y al del nacional-socialismo alemán. Lo que también confirma el análisis de Linz (52).

(52) JUAN LINZ: «Some notes toward a comparative study of fascism in sociological historical perspective», en *op. cit.*, págs. 59-87.

El tipo de organización del Integralismo constituye otra característica importante para definir la naturaleza de este movimiento. En un movimiento fascista no se puede disociar la ideología y la organización, pues existe una relación explícita entre la estructura de esta última y el contenido de la primera. Generalmente, las organizaciones políticas autoritarias se estructuran de forma jerárquica, con el fin de encuadrar eficazmente a sus militantes. Sin embargo, la organización «integralista» ha desempeñado un papel doble: instrumento de movilización, de encuadramiento y de socialización ideológica, y prefiguración del «Estado integralista». La estructura de la AIB, desde su jefe hasta los militantes de base, forma una organización burocrática y totalitaria. La burocracia de la organización se manifiesta por medio de un sistema de órganos, de funciones, de roles, de comportamientos minuciosamente previstos en los reglamentos, las decisiones del jefe y los rituales. El totalitarismo se explica a través de unas rígidas relaciones entre los órganos de encuadramiento de militantes (de las organizaciones juveniles a la milicia), la sumisión incondicional y la fidelidad a los superiores jerárquicos.

El análisis del caso brasileño podría ser una respuesta a la objeción de De Felice que insiste en los límites europeos del fenómeno fascista. El Integralismo reproduce los rasgos característicos de los movimientos fascistas europeos sin ser una simple réplica de estos movimientos. La situación del Brasil en el período de entreguerras favoreció el desarrollo del Integralismo como movimiento de masas, transformándolo en una amenaza para el proceso político tradicional. Esta experiencia política fascista a la que se concedió su importancia en la época y efectos sobre la evolución de la sociedad brasileña, constituye, probablemente, un caso aparte. Será solamente a través de un esfuerzo continuo de investigación y de análisis en la profundización del debate sobre el fascismo en América Latina, concretamente a través de estudios monográficos (53) y la comparación de los diversos casos de fascismo en países latinos, como se llegará a obtener una respuesta definitiva a los verdaderos límites del fenómeno.

(Traducción de ASCENSIÓN ELVIRA.)

---

(53) JEAN MEYER: *Le Sinarquisme: un mouvement fasciste mexicain (1937-1947)*, Hachette, París, 1977; MICHAEL POTASHNIK: *Nacismo: National Socialism in Chile (1932-1938)*, University of California, Los Angeles, 1974; HUGH CAMPBELL: *The Radical Right in Mexico (1929-1939)*, PhD diss., University of California, Los Angeles, 1968.